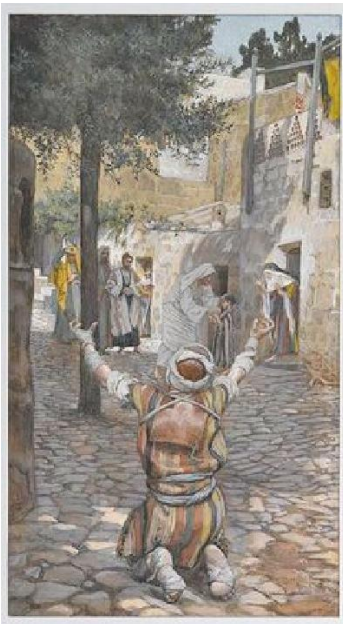


Mc 1, 40-45 Domingo VI durante el año.

“Entonces se le acercó un leproso para pedirle ayuda y, cayendo de rodillas, le dijo: «Si quieres, puedes purificarme». Jesús, conmovido, extendió la mano y lo tocó, diciendo: «Lo quiero, queda purificado»... Había también allí algunas mujeres que miraban de lejos. Entre ellas estaban María Magdalena, María, la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé, que seguían a Jesús y lo habían servido cuando estaba en Galilea; y muchas otras que habían subido con él a Jerusalén” (Mc 1, 40-41; 15, 40-41).

Todos somos enfermos (leprosos) en nuestro corazón; la realidad puede cambiar cuando nos acercamos con humildad a Jesús, y dejamos que nos toque en la herida interior.

Jesús nunca es indiferente al dolor humano; siempre se siente solidario, primero interiormente; compasivamente deja fluir sentimientos de solidaridad y caridad que lo llevan a actuar.



Al igual que las mujeres al pie de la Cruz, también estamos llamados a acompañar a Cristo en el dolor de nuestros hermanos.

El mirar de lejos (no es distancia), es respeto y admiración ante la grandeza de cada persona. El dolor siempre es una situación que no llegamos a comprender; por eso lo llamamos misterio. Los misterios para empezar a aprehenderlos hay que aprender a contemplarlos en silencio.

Señor dame la gracia de admirar la grandeza de tu entrega; sana mi corazón para que pueda gustar tu belleza.

***¡Jesús, haz que me acerque a ti con humildad y adoración!
¿Qué actitud asumo frente al dolor de los que están cerca?***

En unión de oraciones.

Hno. Javier Lázaro sc